



por Manuel Bermúdez

La hora de los parques

TODAS LAS COSAS han marcado el paso inexorable de la despedida. Este aire que corona noviembre despierta un resquemor en la piel, la luz está como débil y hasta las bandadas de pericos se acurrucan con sus acaloradas peroratas más allá de los árboles de La Paulina.

Desde algún rincón golpea en la memoria el fondo negro retinto en que se asoma el rostro exagerado de un nostálgico. Cada trazo es una síntesis, un estilo que incide en la existencia



para grabarle la sensibilidad indeleble.

Ahí no llega la tinta, ahí hay un vacío, una ausencia.

Así es el grabado, una figura que se sustenta en lo que no está.

Nostalgia

Un setiembre hace cinco años, a eso de las cuatro de la tarde, estaba don Paco Amighetti un poco desconcertado, una visita extraña lo interrogaba y ponía poco a poco las cartas sobre la mesa.

Volvía atrás en su vida en un periplo extraño, en que saltaba sin ton ni son desde sus amores a sus viajes, de sus amigos a sus travesuras, de la niñez a los parques.

“A mí me gustaba mucho dibujar, como a todos los niños. Pero en mí era algo exagerado. Cuando entré al Liceo de Costa Rica, a algunos profesores les gustaba que yo dibujara, pero a otros les molestaba. Es que yo me pasaba en clase dibujando, más en las clases aburridas. Entonces mis primeros modelos eran mis compañeros. Hice un poco de caricatura. Me sirvió dibujar, porque yo tuve mis problemas en el Liceo. No me gustaba estudiar, salía mal en

los exámenes escritos, mi interés era por el deporte y el dibujo. Me gustaba leer por mí mismo y estudiar mis cosas. Ya me había dado por vencido cuando el director del Liceo, don Fidel Tristán, me dijo que me ayudaría para que continuara estudiando el bachillerato.

Al año siguiente murió don Fidel y yo les respondí.”

Esos momentos de la niñez y la adolescencia fueron duros, su padre había muerto y se les quemó la casa. Sólo una imaginación desbordante y una sensibilidad humanista sostuvo su navegar en aquel zarpazo de calamidad.

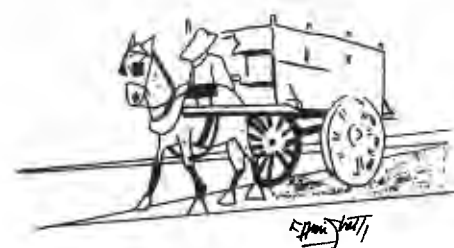
Don Paco Amighetti era un chiquillo algo pícaro aunque tímido. Muy observador, tenía frente a sí todo el gran teatro del mundo, la comedia humana.

Le encantaba la gente, sus gestos, sus esperanzas, sus pequeñas hazañas, sus grandes penurias.

Independiente por naturaleza caminaba desde niños por las calles de la capital. El destino era una excusa para disfrutar el trayecto.

El niño Amighetti siempre logró rodearse de buenos amigos, cada uno una historia, una aventura, una propuesta.

“Iba con mi compañero de escuela a la casa de su tía (...) Una vez me llamó la tía y me dijo que le ayudara a quitarse el vestido. Entonces empecé a descubrir la cantidad de formas que el



en desorden sobre la cama y en el suelo. No sabría decir cuánto tiempo transcurrió durante ese oficio de ayuda de cámara. Se vistió sola sin solicitar mi ayuda y luego nos despidió obsequiándonos con frutas.”

Así caían los recuerdos uno tras otro, se deshojaban 86 años, que al ponerlos sobre la mesa empezaban a construir una amistad más. Un periodista que lo admiraba con devoción y un añoso artista cuya más extraordinaria obra era su vida misma.

Llegaron las cinco de la tarde, era la hora del whisky. Un vaso generoso en el medio de la mesa promovía una charla interminable, una relación que parecía de toda la vida, aunque no tuviera más de una hora de existir.

Viajar, ver más allá

“Mi deseo de ver otras gentes y otros lugares me hizo querer alejarme de mi ciudad querida rodeada de montañas. A los 25 años me fui a la estación del Atlántico. Llegó una hermanita mía, con su lágrima, a despedirme. Yo había ilustrado unos libros de lectura y con el dinero ganado quería irme para Argentina. Llegué a Limón y me embarqué en un barco frutero de la United que cobraba diez dólares por viajar hasta Panamá, pero en cubierta. Luego en Panamá tomé un barco italiano en tercera clase hasta Lima, luego en un barco japonés. Viajar con poca plata, sólo se puede hacer en la juventud, que es heroica. Mi posibilidad de viaje era hasta Perú, pero yo seguí por tierra para Argentina. Gabriela Mistral me había dado unas cartas y me decía que si iba a Chile me daba muchas recomendaciones. Pero yo seguí para Argentina, crucé la cordillera muerto de frío en un bus destartado y luego atravesé la diagonal de hierro que era un ferrocarril en el que, como decía Gabriel Mistral, se viajaba como un mendigo o como un príncipe.

La clase media, tan importante en Europa, para los viajeros, no existía aquí. Fue un viaje miserable.

Llegué a Buenos Aires con unas cartas de Joaquín García Monge. Porque yo escribía algunos poemas y publicaba grabados en el Repertorio Americano. Esa magnífica publicación que existió como cuarenta años y vivía como por milagro, gracias al milagro de Joaquín García Monge. Mucha gente en Argentina conocía Costa Rica sólo por el Repertorio, no tenía idea de dónde quedaba Centroamérica y nos confundían con Puerto Rico.

Mi vida en Argentina fue muy dura, pero aprendí mucho, de la vida y de la gente, eso



cuerpo femenino, aparentemente tan simple, multiplica y matiza; sentía su calor que entre menos ropa más se acentuaba, como si me acercara a una fuente de energía. En aquella habitación donde el Corazón de Jesús tenía una lámpara, se quedó completamente desnuda. Entre los muslos un triángulo oscuro y grande monopolizó mi atención. Su cabello había quedado en desorden y se retorció por el cuello e invadía su frente. Tardaba en encontrar sus prendas de vestir. Su espalda era una lámina pura, que fluía hasta sus nalgas separadas por una línea fina, y contrastaban por su volumen con la serenidad de sus omoplatos. Sus brazos redondos se perdían en la sombra del armario buscando sus vestidos; algunas prendas yacían



Cardona Peña, Joaquín Gutiérrez, en realidad a veces se me vienen a la cabeza conforme voy hablando, pero no podría recordarlos a todos.”

La vida azarosa lo llamó con más fuerza que la académica, aunque con el paso de los años su arte lo devolvió a la academia, como profesor.

Hasta los años 80 don Paco dio clases en la Universidad de Costa Rica. Historia del Arte, xilografía, pintura al óleo y apreciación de artes plásticas, fueron algunos de los cursos en que los muchachos compartieron con él. Pero todos sus alumnos coinciden en que la forma de aprender arte con el maestro Amighetti era departiendo con él absorbiendo de su naturaleza esencialmente artística.

“No soy un profesor sino un vagabundo que ha vuelto a amar los parques donde soñaba siempre,

escuchando el tranvía huyendo hacia el suburbio.

Parques de las grandes ciudades con estatuas de bronce y desocupados, con galgos y mujeres elegantes, con niñas rosadas y policías poco amables. Donde fui un desconocido qua habitaba los bancos y hablaba con los pájaros, donde amé y tuve hambre.

Parques de las ciudades lejanas, de las provincias muertas donde sólo hay campanas.”

Por allí de los parques a los caminos, las ciudades y sus gentes. Y en todas partes las mujeres. Compartimos una frase: soy víctima de la mujeres.

“Cuando salíamos juntos, ella se vestía con su propia belleza.

Me era grata su compañía. Hoy me visto para salir solo.

Antes de salir mi pensamiento se ensombrece.”

Se ha doblado el tiempo, las horas pasaron, el tiempo saltó para ocupar todas las máquinas en el viejo taller del relojero. Nada detiene ya los engranajes. Nada duerme, sólo los ausentes.

“Lloro por los que nacen, no por los que han muerto. Los que se fueron dulcemente duermen en el mármol.”

Estamos los dos mirando hacia el cerro de Escazú, enamorados de una belleza indescriptible, ante la que sólo se puede hacer una reverencia.

Compartimos la pasión por las mujeres bellas y por la belleza femenina en general, el gusto por el vino, aunque él prefiere el whisky y yo paso, gracias. Observar a la gente, amarla en sus simples existencias.

Ya es 12 de noviembre, se puso el sol. Es la hora de los parques, don Paco, ¡que solo y callado se ha quedado todo alrededor!

nutrió mi trabajo.

Luego viajé mucho más. Fui varias veces a Arequipa. Perú siempre me fascinó, volví a Argentina, viajé a Europa, Estados Unidos, México y volví a mis parques en Costa Rica.

Pienso que he trabajado mucho porque he vivido mucho. Claro que he perdido el tiempo, porque me enamoro, por muchas cosas.”

La amistad quizás es uno de los principales privilegios de los que pueda disfrutar una persona, Don Paco estaba rodeado de amigos, amigos de verdad.

En el mundo del arte, con sus dibujos y sus poemas encontró pronto la complicidad de otros que en la provinciana Costa Rica respondían a su sensibilidad y sacaban la cabeza por encima de las montañas que rodean el valle.

“Unos pocos éramos los que hacíamos cosas en el arte y nos conocíamos todos. Enrique Macaya, Max Jiménez, Lilia Ramos, Joaquín García Monge, Abelardo Bonilla, Alfredo

